

La educación en un país en crisis

Enrique González Pedrero

La educación y el pensamiento son los últimos refugios para el fortalecimiento de la vida política y la democracia. En este ensayo, Enrique González Pedrero —investigador del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM y del SNI, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, autor de Filosofía Política y Humanismo, La cuerda tensa: apuntes sobre la democracia en México, entre otros— explora los dilemas fundamentales del México contemporáneo.

¿QUÉ ES UNA CRISIS?

Para indagarlo, comenzaré por formular la pregunta que interroga por la crisis. ¿Qué es crisis? *Crisis* significa literalmente, separación, abismo. Algo anormal y singular en el curso de un ser o, mejor, de un acontecer, dice Ferrater Mora. En una crisis parece que se abre un abismo y de inmediato se nos plantea el inevitable dilema: o salvamos la hondonada o caemos en ella. Hay abismos exteriores y los hay interiores, es decir, hay crisis históricas o sociales y crisis individuales. La crisis es, al parecer, la sustancia misma de la vida, lo que quiere decir, también, que vivimos permanentemente en crisis, que salimos de una para entrar en otra, y así sucesivamente hasta el final.

Hay que aprender, pues, a caminar en medio de la nebulosidad de la crisis, o mejor, aprender a hacer ca-

mino tanteando en el trayecto con el báculo en el que se apoyaba (y con el que exploraba) san Pablo. Báculo, que en el caso que nos ocupa, es una metáfora que tiene que ver con la cultura, la educación, la ciencia y la tecnología.

PAÍS EN CRISIS

Para comenzar a responder afirmaré que la política existe para garantizar a la ciudadanía un mínimo de confianza que hace posible la vida social. Ese mínimo, como podemos observar día a día con sólo hojear los periódicos, no está garantizado en México. Es aterrador el número de muertos que los diarios reportan cotidianamente. Por tanto, está claro que en el país estamos metidos en un embrollo mayúsculo. Esto es que, en la medida en que la política y los políticos no nos pueden garantizar ese

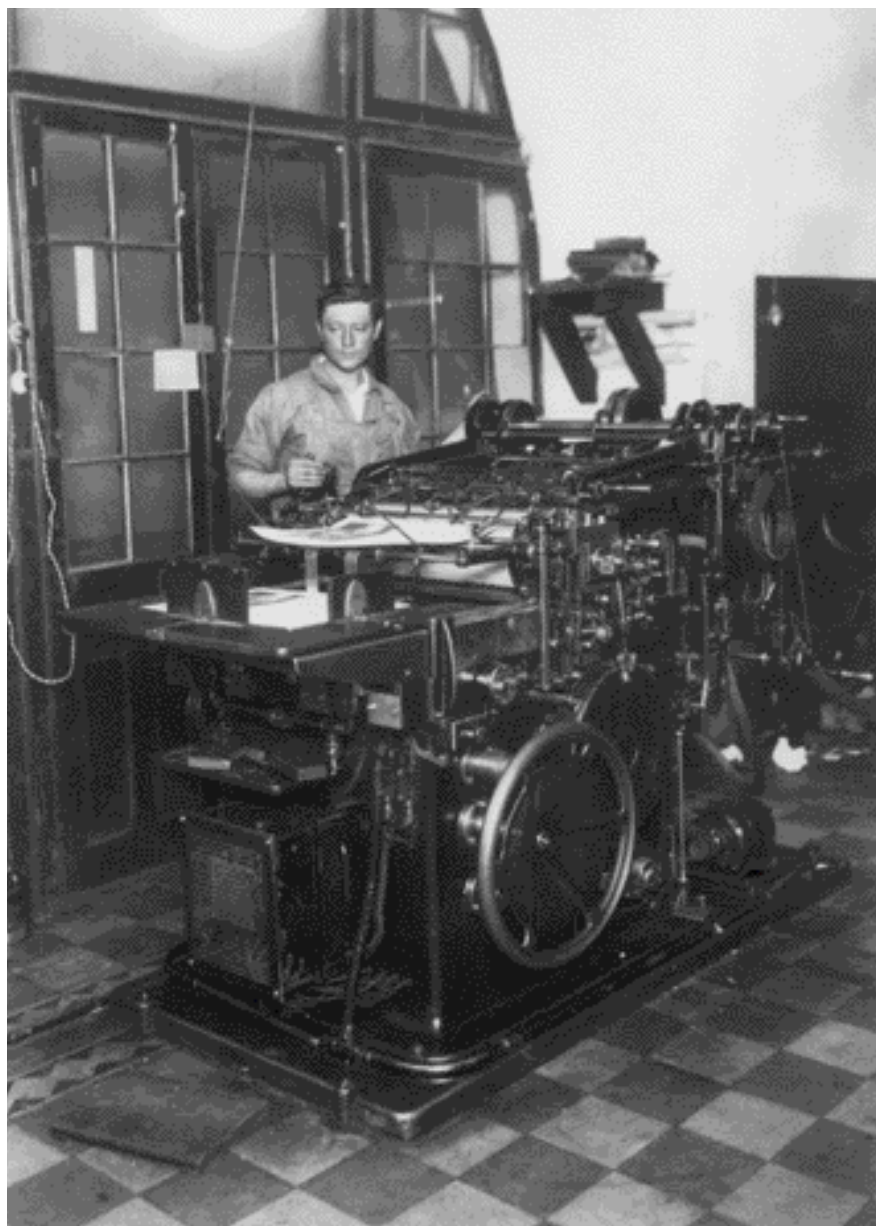
mínimo de confianza aunque quisieran, en esa medida lo que hacen y dicen puede llamarse de cualquier modo, pero no es *política*. Lo que hacen y dicen no lleva, ni quiere conducir a iluminar el camino de todos los días a los demás, a reflejarnos, a compartir el pan nuestro de cada día. Lo que hace y dice la “clase política” sólo les interesa a ellos mismos. Se parece a sus intereses: son sólo para ellos. No formamos, pues, parte de una *polis*. Integramos, más bien, en el mejor de los casos, pequeños grupos, núcleos que no llegan a unirse para componer cuerpos mayores, plurales, salvo en situaciones de excepción en que integramos conglomerados poderosos a partir de la presión de hechos también excepcionales. Pero esto ocurre, como sabemos por experiencias recientes, sólo de vez en cuando. Estas situaciones ocurrieron en 1968, 1985 y en 2004.

Pa rece que vivimos en México en un estado de naturaleza, en la ley de la selva. Y la “ley” en la selva es la del más fuerte. Es imposición, golpe de garrote. Cuando no hay un Estado (con mayúscula) que establezca el derecho y proteja la seguridad de las personas, se vive en una guerra de todos contra todos: *bellum omnia contra omnes*, decía Hobbes.

Esta guerra se manifiesta no sólo como un malestar generalizado, como una desazón, sino como un desafío, como una ruptura de límites, como la irrupción de conductas irresponsables, como una falta de moderación y de prudencia: como una *crisis*. Y en una guerra no hay democracia, ni derechos humanos, ni adversarios. Sólo enemigos y a los enemigos se les destruye. En la guerra la vida es solitaria, pobre, grosera, embutecida y breve. Allí donde no hay un poder común que marque límites, no hay ley; allí donde no hay ley no hay justicia, no hay orden. La fuerza y la astucia son, en la guerra, las dos virtudes cardinales. Sólo pertenece a cada uno lo que cada quien puede apropiarse y salvaguardar. Y si al vacío de poder se suma el vacío de ciudadanos (que no se toman por tales), el estado de naturaleza es avasallador, absoluto. Los individuos inermes se refugian en ellos mismos, se encapsulan, se “blindan” como se dice ahora usando un término militar, se vuelven moléculas que desconfían de todo y de todos, y la “sociedad” deja de ser un tejido colectivo y deviene una entelequia que se desintegra.

¿DEMOCRACIA O MEDIOCRACIA?

Se suponía que, a partir del año 2000 habíamos arribado a la democracia, que habíamos transitado del régimen autoritario al “gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo”. Y en la democracia el poder (popular) controlaría al poder. Pero ahora hay un poder nuevo que se añade al Ejecutivo, al Legislativo y al Judicial: el poder



Imprenta, ca. 1920

mediático que ha engendrado a la *mediocracia*. Pues no vivimos en una *democracia*, sino en una *mediocracia*.

Los medios transforman lo privado en público y a lo público lo privatizan, al meter todo en el cajón de sastre de la televisión que desemboca en cada morada. El poder controla al poder —decía el clásico— pero ¿quién controla a los medios? Ahora los medios son fines. Los medios de comunicación se apoderan de cada cabeza, o mejor, de los ojos que noche y día observan y se “enteran” por ese conducto de lo que ocurre en México y en el mundo. Éste es un problema nuevo para el que tenemos que pensar respuestas nuevas. Y aquí entra en juego el tema de la *educación*, en la medida en que cumpla su papel de enseñar a pensar. Pero, ¿enseña?

Mi diccionario de latín me explica que el verbo educar viene de *educere*, que significa sacar de, extraer, hacer salir... Pero para extraer algo hay que tener una mina. Y esa mina es el otro, los seres que nos rodean, uno mismo. En suma, hay que haber aprendido de nuestros maestros,



Fondo de Cultura Económica, ca. 1940

no a memorizar, ni sólo a repetir, sino a *pensar*. El que piensa, sabe buscar, y el que busca encuentra, siempre tiene algo que extraer: una opinión, una concepción y, en el mejor de los casos, una visión del mundo y de la vida.

Ahora bien, en su ensayo sobre la sociedad teledirigida, el profesor Giovanni Sartori sostiene que la imagen está transformando al *homo sapiens* en *homo videns*, para éste, la palabra ha sido sustituida por la imagen. Este simple acto de prestidigitación está transformando la naturaleza humana. Hay ahora una primacía de lo que se ve sobre lo que se dice y, por tanto, sobre lo que se piensa: la nueva percepción de imágenes prevalece sobre la elaboración de conceptos, sobre la inteligencia. Sartori cita a Jean Baudrillard: “La información (de la televisión) en lugar de transformar la masa en energía, produce todavía más masa”.

¿A qué se debe?

(A que) la televisión es la primera escuela del niño (la escuela divertida que precede a la escuela aburrida)... El niño formado en la imagen se reduce a ser *un hombre que no lee*, y por tanto, la mayoría de las veces es un ser “reblandecido”, adicto de por vida a los videojuegos.

No es cierto, dice Sartori:

... que la pérdida de la cultura escrita esté compensada por la cultura audiovisual.

Por una razón muy simple:

La cultura audiovisual es inculta y, por tanto, no es cultura.¹

¹ Giovanni Sartori, *Homo videns, la sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998, pp. 37 y 149-150.

En cuanto a la palabra Cultura viene de *agricultura*, el cultivo de la tierra para producir los alimentos que el hombre necesita para vivir. Pues bien, *cultura*, dice Octavio Paz, es “el cultivo de la parcela propia”, para producir el alimento que nuestro ser necesita y que se genera con inteligencia, con talento y con imaginación creadora.

Está, pues, claro como el agua, que sin educación no hay cultura y sin cultura no hay educación.

En lo que respecta a la ciencia y la tecnología, de entrada hay que decirlo: sin la existencia de nuestra benemérita Universidad —y de algunas otras instituciones públicas de Educación— que juntas desarrollan el 80 por ciento de la investigación que se hace en el país, sencillamente no podría hablarse de investigación científica y tecnológica en México. Parece increíble que el Estado de un país con las características del nuestro, haya tenido tan señalado desinterés por la ciencia y la tecnología, cuando el desarrollo nacional y nuestra inserción en la sociedad del conocimiento, depende en grado máximo de la investigación científica. Hablamos de “desinterés” porque nos atenemos a las cifras que nos ofrece el presupuesto que dedicó a estas tareas el año pasado el gobierno, fue del 0.36 por ciento del PIB, y este año, de alrededor de 0.35 por ciento.

Habría que añadir que en otros países lo invertido fluctúa entre el 1 y el 4 por ciento del PIB. ¿En qué países? En Suecia, en los Estados Unidos, Francia, Alemania, España, Corea, Japón, etcétera. Otros datos significativos: en México existe un científico por cada 8,660 habitantes. En los Estados Unidos hay uno por cada 237, en Francia uno por cada 184 y, para no ir muy lejos, en Brasil hay uno por cada 2,237 habitantes. De acuerdo con cifras ofrecidas por el Coordinador de Ciencias de la UNAM, el doctor René Drucker Colín, sólo la Universidad Nacional Autónoma de México:

Ha logrado incorporar alrededor de cincuenta a sesenta plazas de investigador por año en los últimos seis o siete años, gracias al esfuerzo del actual rector, quien ha priorizado la investigación dentro de sus esfuerzos para fortalecer la Universidad.²

Si la ciencia es central para el desarrollo del país y la tecnología es necesaria para elevar la productividad y la competencia de México en la economía global, no se comprende por qué pasa lo que pasa. En cambio en la UNAM, a pesar de sus estrecheces económicas, se destina más del 2.5 por ciento de su presupuesto a la investigación y, en la medida de lo posible, se trata de incrementar ese porcentaje año con año.

² René Drucker Colín, “La ciencia no tiene quien la defienda”, *La Jornada*, México, 18 de enero de 2007, p. 22.

PROYECTO DE NACIÓN

Se habla a menudo de que los partidos carecen de un proyecto de nación. Pero, ¿sólo los partidos? Una encuesta, método hoy tan de moda, sobre la pregunta que inquietó a Ernest Renan *¿Qué es una Nación?*, revelaría hasta qué grado el ayuno ciudadano anticipa al partidario. ¿Es lo mismo Nación que Estado-nación, o que nacionalismo? ¿Cuándo surgió la idea de la Nación en México? ¿Acaso con la Independencia? ¿Qué fue la Independencia en México? ¿Fue una revolución como se nos enseña? ¿Es lo mismo el movimiento revolucionario de Hidalgo y Morelos, que su culminación con la entrada del Ejército Trigarante a la Ciudad de México y el establecimiento del Imperio de Agustín de Iturbide?

Con el intento de responder a cualquiera de estas preguntas podría dictarse no una conferencia, sino un seminario en la maestría o el doctorado de cualquier facultad del área de Humanidades de la UNAM.

Por tanto, no sólo los partidos carecen de un proyecto de nación, sino que la política mexicana carece de ideas, de proyectos sobre el presente y, en especial, sobre el futuro del país. Pero que no haya equívocos: de ninguna manera estoy litigando contra los partidos. El Estado social y plural, democrático y de derecho contemporáneo al que debemos aspirar es un Estado de partidos. Sólo que cuando la política se vuelve un *show business*, poco hace por estimular el entusiasmo ciudadano. En lugar de impulsarnos a formar ciudadanos y a estimularlos (y ésa debería ser una de las tareas claves de nuestra educación cívica) parece, más bien, que se busca lo contrario. Es cierto que, como quería Max Weber, con la burocratización de los partidos se han creado ciudadanos de dos tipos: los activos y la mayoría pasiva que, después de todo lo ocurrido en las elecciones del año pasado, que dividieron a la población del país en dos mitades, hay que evitar que aumenten. Pero aun a los ciudadanos activos habría que estimularlos.

La política tendría que ser, a propósito del “proyecto de nación” que nos preocupa, la reacción de la nación hoy tan maltrecha y dividida. He escrito en otra parte que México es muchos Méxicos. México es como una pirámide. La base original, el sustento, es el México profundo. Sobre esa primera capa se fueron encimando otras: la del México de la conquista, la capa del país colonial, la del México independiente, la del milagro de la Reforma, la capa del porfiriato y la del México de la Revolución. Y así, hasta llegar a la etapa del México de nuestros días (el neoliberal). Todos ellos constituyen los distintos pisos de la pirámide mexicana y forman un conjunto que debemos asumir y conciliar en nuestra educación, en nuestra cultura, que debe ser patrimonio, si no de todos, por lo menos de la mayoría de los mexicanos. Sólo cuando seamos contemporáneos de nosotros mis-

mos, podremos ser —como quería Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*— contemporáneos de todos los hombres.³

En la actualidad, México tiene una profunda hendidura social que divide a más de la mitad de los mexicanos pobres, del resto de la población más favorecida de la sociedad. Pero tiene otras grietas: la de la porción del México del sur que es el más desprotegido y que no se parece a la región geográfica del norte, ni al de la Ciudad de México ni del centro del país porque está más cerca de Centroamérica. Pero todavía existen otros Méxicos: el de la frontera, y el de los quince millones de mexicanos que viven en los Estados Unidos —y cuyas remesas económicas han superado a los ingresos petroleros y turísticos del país y gracias a los cuales todavía no ha estallado un conflicto mayúsculo en el territorio. Pues bien, todos estos Méxicos tienen cada uno de ellos, profundas grietas sociales.

¿Cómo juntarlos?

Ahora bien, ¿es sólo la política de México la que está en crisis, o la crisis es mayor y abarca entidades más extensas como la sociedad, la economía y, a fin de cuentas, la crisis se extiende hasta la existencia misma del país? Me temo que sí. Recuerdo ahora que, a mediados del siglo xx, discutíamos en la academia la *viabilidad* de los países centroamericanos. ¿Podían los países del Istmo, cada uno de ellos por separado, asegurar su propio destino? Pues bien, cinco décadas más tarde, podemos repetir la pregunta pero, esta vez, referida a México. En aquel entonces México estaba seguro de sí mismo y los mexicanos seguros de México. ¿Lo estamos ahora?

LA CRISIS DE MÉXICO

Me parece que México no sólo no tiene una política exterior —como la tuvo en tiempos no muy lejanos— referida a los Estados Unidos, a la América Latina, a Europa, a Asia y al resto del mundo, sino que no tiene una política económica propia, de acuerdo con sus características peculiares, o una política educativa, como la tuvo con José Vasconcelos o con Jaime Torres Bodet; o bien, una política social pensando en la mayoría pobre del país y, en consecuencia, en la creación de empleos y en abolir las enormes desigualdades. Lo que tiene es un modo de hacer *como que va pasando* el día a día, y eso no es política. Cuando no hay un proyecto que guíe el corto, el mediano y el largo plazo de la vida de un país, no hay política.

Nuestro Estado lo es, exclusivamente, porque posee el monopolio de la fuerza física, porque en los hechos no desea —o no puede— satisfacer las necesidades esen-

³ Cfr. Enrique González Pedrero, *La cuerda tensa*, México, 2006, p. 93.

ciales de la mayoría de la población. Pero ese monopolio, más que para usarse internamente —para eso está la policía—, era para guardar las fronteras nacionales de cualquier intromisión exterior, situación ya superada con la globalización y las armas de destrucción masiva. Y, sobre todo, para los desfiles militares. Afirmo lo anterior, no irónicamente, sino porque la fuerza es sólo para mostrarse. Cuando se usa, si no es de modo pertinente, se gasta.

No obstante, ahora el gobierno echa mano del poder coactivo (de lo que queda) del Estado para usarlo en Oaxaca o en Michoacán, en Guerrero, en Sinaloa o en el resto del país. Esto quiere decir, que tanto los que protestan contra las injusticias imperantes en todos los niveles, como los delincuentes que trafican lo mismo con estupefacientes y drogas que con seres humanos, serán enfrentados por igual con el ejército y con los organismos militarizados que se han venido creando *ex profesa*. Pero esto significa, simple y llanamente, que estamos en guerra. Una guerra que, ampliamente publicitada (y televisada), muestra al gobierno *en acción*. Ahora bien, ¿cuál es el resultado de esta guerra? Eso es algo que todavía no tiene una respuesta completa. Sabemos, sin embargo, que, de acuerdo con el Subsecretario de Estrategia e Inteligencia Policial de la Secretaría de Seguridad Pública, en declaraciones ante miembros de la Comisión de Seguridad Pública del Senado, que durante los primeros tres meses del año han ocurrido seiscientos ejecuciones, mientras que de diciembre a la fecha la Sedena ha gastado en la movilización militar, cinco mil quinientos millones de pesos.⁴

Y sabemos que esta guerra, más que resultado del poder del Estado es producto de su debilidad, por la “aparente ausencia de autoridad” que el gobierno de Vicente Fox propició e hizo crecer una espiral de violencia interminable, la impunidad del crimen organizado y las arbitrariedades de los cuerpos policiacos en el Estado de México, Michoacán, Oaxaca y Pasta de Conchos. Todo ello ha hecho evidentes “serias fallas del gobierno federal”, según el presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

El funcionario ha sostenido que:

La apatía oficial otorga a los grupos de presión, al margen de las mayorías, bases para pensar en la usurpación del poder. Cuando un mal líder devalúa sistemáticamente la palabra política, acaba por cerrar la puerta al diálogo y abrirla a la violencia... (En 2006) hubo más de mil setecientos ejecuciones ligadas al crimen organizado y a la ausencia de autoridad para preservar la seguridad.⁵

⁴ Datos al mes de abril de 2007.

⁵ Cfr. *La Jornada*, del 24 de febrero de 2007, p. 3.

El Estado, o lo que queda de él, tiene demasiados problemas que ha dejado crecer y que van a obstaculizarlo en el futuro. Pemex y la Comisión Federal de Electricidad están abrumados de Pidiregas —ese endeudamiento tramposo con nombre de payaso callejero—, y están prácticamente hipotecados. Un Estado sin fuentes de energía en qué sustentarse no es, ciertamente, una estructura firme ahora, mañana o después. ¿Cómo fue posible que esto ocurriera? Por una razón simple: el enorme déficit entre los ingresos y los egresos. Vivimos por encima de nuestras posibilidades.

HACIENDO MEMORIA

Si hacemos uso de la memoria, podemos recordar la famosa crisis de finales de 1994: el gobierno había vendido tesobonos por veintiocho mil millones de dólares y la banca de desarrollo había prestado doce mil millones de dólares más. En ésas estábamos, en “el tránsito del tercer al primer mundo”, como se decía entonces, cuando de repente el diablo metió la cola, y ocurrió el error (la devaluación) de diciembre, que convirtió a los bonos gubernamentales en una enorme deuda externa y a los créditos bancarios en papel mojado. Naturalmente, los bancos quebraron y el gobierno tuvo que contraer una deuda de noventa mil millones de dólares para rescatarlos. El gobierno norteamericano prestó cuarenta mil millones y el país garantizó su deuda con el cada vez más escaso oro negro. En suma, el chiste de “pasar del subdesarrollo al desarrollo” nos costó, aparte de su monto total, catorce mil millones de dólares más, de intereses.⁶ Y, por supuesto, no hubo tal *fast track* al Primer Mundo.

Como puede verse, aquello fue algo parecido a lo que hacen las familias de la pequeña clase media para ir de vacaciones. Gastan en Acapulco lo poco que tienen y de regreso han de pedir prestado a la gente cercana o pignoran las escasas alhajas familiares que tienen para ponerse al día.

LA REFORMA FISCAL

Desde ahora podemos anticipar el argumento que cada nuevo gobierno esgrime a través de los medios de comunicación de masas, año con año, para convencernos de que es más que indispensable la reforma fiscal. Veo en la prensa reciente,⁷ con cifras de la CEPAL, que la recaudación en México es del 10 por ciento, en relación al PIB, cuando en América Latina el promedio de la carga fiscal

⁶ Cfr. Héctor Aguilar Camín, Introducción “El dilema: ¿a dónde vamos?” en *Pensar en México*, CNCA y FCE, México, 2006, pp. 13-14.

⁷ *La Jornada*, México, 4 de abril de 2007.

por país, con respecto al PIB, es de casi dos veces más: el 18 por ciento. Y si tomamos en consideración a los países miembros de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), de la que formamos parte es, en promedio, de cuatro veces más de lo que aquí se recauda. La recomendación escueta es elocuente: hay que desgravar el comercio exterior e incrementar la recaudación a través del impuesto al valor agregado (IVA). Naturalmente, con una mayor recaudación fiscal podrían llevarse a efecto políticas públicas que favorezcan los derechos sociales de la población y, entonces sí, privilegiar a la educación, a la cultura, y a la investigación científica y tecnológica, hoy tan escuálidas a pesar de que vivimos en la *era del conocimiento*. Sin embargo, según el mismo diario, y basándose en el informe de la Auditoría Superior de la Federación (ASF), el Tesoro Nacional no ingresó alrededor de quinientos mil millones de pesos por impuestos que debieron cubrir los “causantes mayores”. En cambio:

...los causantes cautivos y los profesionistas que cobran por honorarios, pueden enfrentarse a un infierno fiscal y jurídico; ya no se diga por una intención deliberada de engañar al fisco, sino hasta por errores contables... Pero los grandes bancos beneficiados por el “rescate” que inventó en su favor Ernesto Zedillo, o las empresas televisivas que dominan el mercado, pueden tomarse su tiempo para pagar sus impuestos, y hasta para no pagarlos.

Ahora bien, mientras esto no ocurra —concluye el editorial de *La Jornada*:

...es moralmente impresentable el propósito de gravar con IVA los alimentos y las medicinas y de obtener de los bolsillos de los más necesitados los fondos públicos...⁸

Debe existir una suerte de relación compensatoria entre la oferta de servicios públicos por parte del Estado y la consecuente contribución de los ciudadanos al gasto público y, en cierta medida, hasta donde esto es posible en México, esa relación existe. Pero aparte de que la proporción de pobres en nuestra población es abrumadora, mayor de lo que señalan las estadísticas, los pocos servicios públicos que suministra el Estado son de tan escasa calidad que, además, los derechos sociales con que constitucionalmente cuentan los ciudadanos, no se cumplen *de hecho*. Me refiero a la seguridad de los individuos y de sus bienes, a la salud, a la educación.

La educación, por ejemplo, es en buena medida un derecho retórico; para acceder a una de buena calidad suele ser



Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, ca. 1970

necesario comprarla en el mercado. Cabe destacar que, en educación... El problema central no parece ser solamente la falta de recursos sino también la mala asignación y la baja calidad.⁹

Es tiempo de concluir. Mientras no tengamos una cultura que esté recreándose a sí misma por su vitalidad y su riqueza; una educación elemental, media y superior que cree confianza en los mexicanos de aquí y ahora y en los de mañana por su eficacia pedagógica y su radical honestidad; una ciencia comunicada con los demás centros científicos del mundo y volcada a los problemas del presente, ayudándonos a resolverlos y a anticiparnos a los nuevos, no servirá de gran cosa decir que nuestro Estado debe ser social y plural, democrático y de derecho, porque lo que llena de sentido (y de contenido) a las formas políticas, es siempre la realidad humana viva que impulsa a la cultura, a la educación a la ciencia y al progreso tecnológico que hacen los hombres de carne y hueso, de aquí y de hoy, de mañana y de siempre. Y ese impulso es la voluntad de ser, única que nos hará prevalecer. [U]

⁹ Carlos Elizondo Meyer-Serra, “Democracia y gobernabilidad en México” en *Pensar en México*, CNCA y FCE, México 2006, pp. 61 y 63.

⁸ *La Jornada*, México, 4 de abril de 2007.

El presente texto fue leído por su autor el pasado 17 de abril en la primera mesa redonda del Ciclo “Cultura, educación, ciencia y tecnología en un país en crisis” organizado por la Fundación Heberto Castillo Martínez.